



Hoy puede proclamarse legítimamente que tras la Revolución de Abril, y por primera vez en cuatrocientos años, Portugal es dueña de sus destinos.

LA REVOLUCION PORTUGUESA Y EL CAMBIO POLITICO EN ESPAÑA

EN las tumultuosas condiciones de nuestro tiempo, los últimos años están pasando bajo distintos y contradictorios signos. El de 1973 pasó a la Historia profundamente marcado por el negro signo del fascismo chileno. En afortunada compensación, el de 1974 quedó marcado por la derrota del fascismo en Portugal y Grecia, y por la expectativa de desbloqueo de la democracia en España. Con ser importante el caso griego e irreversible el de España, al día de hoy, sin embargo, el fenómeno portugués se coloca en cabeza en originalidad y trascendencia, sobre todo a raíz de los últimos acontecimientos. Por ello es justo que a los ciudadanos españoles, así como a la estructura de poder que les rige, les pueda ser todo menos indife-

rente la experiencia política que se cuece a su Oeste. Indicio elocuente de esa candente proximidad es el predominio claro del debate y la polémica en nuestro ruedo intelectual sobre el análisis a la hora de calificar el caso portugués. De ahí que cada vez se haga más necesario la inves-

tigación del fenómeno, a fin de contrapesar y fundamentar su polemización apasionada.

En esa línea, nosotros vamos a intentar aportar algo a una tesis que hasta ahora ha estado ausente de la problemática en cuestión y que, sin embargo, constituye el único eje científicamente válido para encararla con rigor.

Se trata de la tesis que sostiene que el proceso portugués nacido el 25 de abril del pasado año estaba desde su origen profundamente determinado por unas **condiciones objetivas**, que a cada golpe de la reacción afloran con más celeridad. Dicho en otros términos, defendemos la tesis de que,

por encima de las simplificaciones interesadas que hoy proliferan en España, la democracia burguesa no era posible en Portugal, y resulta del todo absurdo responsabilizar de esa **imposibilidad histórica** al PCP (Partido Comunista Portugués) o al MFA (Movimiento de las Fuerzas Armadas). La revolución portuguesa

está siguiendo el único camino que le es posible.

En la defensa de tal tesis —y con una consciente intención desdramatizadora— vamos a seguir el siguiente método, muy simple: a) tratar de captar las claves de la revolución, sus determinaciones esenciales; b) localizar el hilo conductor de la Historia portuguesa; c) demostrar que ese hilo tenía que romper, como lo ha hecho, y que no podía ser de otra manera. Por último, a la luz de las conclusiones que obtengamos, trataremos de detectar las **especificidades** que separan el caso español del portugués. Esto último es cada día más necesario en nuestra Patria, a fin de contrarrestar la manipulación que ciertos sectores están tratando de montar en orden a capitalizar para el inmovilismo el **temor reflejo** que suscita el fenómeno por-

José Acosta Sánchez

LA REVOLUCION PORTUGUESA Y EL CAMBIO POLITICO EN ESPAÑA

tugués en ciertas capas de la sociedad española.

Las claves de la Revolución portuguesa

Ciertamente, esas claves se nos han escurrido de las manos muchas veces. Sólo cuando Spínola ha ido a reunirse con Caetano a Brasil las hemos visto definitivamente claras. Porque, ¿qué había en el fondo de la revolución de abril? Había inmediatamente detrás un régimen fascista en acelerado proceso de descomposición, la cual tenía su motor en una derrota colonial. Pero, ¿qué había tras el fascismo portugués? Hoy ha quedado ya impudicamente al aire lo que protegían los muros del salazarismo: una burguesía endémica y parasitaria, alimentada fundamentalmente de la «teta colonial», desnacionalizada y dependiente del capitalismo extranjero, que se protegía bajo la cobertura de los aparatos mundiales de poder del imperialismo americano. Lo que había detrás de todo el andamiaje del fascismo portugués era, en definitiva, una burguesía incapaz de sostener un proceso democrático de su propio signo; es decir, una democracia en la que cohabitaban la dominación burguesa y la hegemonía de la propiedad privada y de las relaciones de producción capitalista con el respeto de los derechos fundamentales del hombre y las libertades políticas. Tal es el gran vacío descubierto por la revolución de abril en Portugal. Perdida la guerra colonial, el fascismo que la sustentaba, y a la vez se sustentaba en ella, se viene abajo y deja en descampado a una burguesía parasitaria y monopolista que en un primer momento improvisa a través de Spínola una alternativa de urgencia de carácter neocolonial, apuntalada por un Estado metropolitano monopolizado por nuevos hombres de la derecha, al amparo de Norteamérica y mediante forzosas concesiones a la izquierda. Se trataba ante todo de ganar tiempo, a fin de reagrupar fuerzas y planear un nuevo dispositivo estatal que permitiera preservar las estructuras tradicionales de la sociedad portuguesa. Los hechos iban a demostrar que no existían siquiera condiciones para esa operación de urgencia, la cual naufraga abiertamente tras el fracaso del golpe reaccionario de septiembre y perece con el fracaso del reciente golpe de marzo. El caso de la resistencia oligárquica viene rubricado al día de hoy por la desbancada hacia Madrid y Río de Janeiro de los hombres de Cham-

palimaud, Spirito Santo, la CUF, Petrangol y de otros monopolios, beneficiarios principales durante medio siglo del Estado salazarista.

¿Por qué falla la alternativa Spínola? En última instancia, porque la situación de Portugal, por obra del abismal desfase existente entre Estado y sociedad y de las intensas contradicciones incubadas por el salazarismo, no admitía una salida ambigua. La profunda simbiosis a que habían llegado a lo largo de cincuenta años el fascismo y el colonialismo exigían un desenlace radical que arrastrara a ambos. Todo intento lastrado de alguna forma en el régimen anterior estaba condenado al fracaso, debido a la concatenación férrea de aquellos dos fenómenos. Y tanto Spínola como la burguesía monopolista que representaba no salían del salazarismo por convicción, o en virtud de un reajuste de su estrategia de clase, sino por oportunismo y proponiéndose como meta esencial la preservación y defensa de la estructura social portuguesa, así como el mantenimiento de la explotación de las colonias bajo nuevas formas.

La primera clave, pues, del fenómeno portugués es la profunda interdependencia que existió entre fascismo y colonialismo. El fascismo se implanta en Portugal en 1926 porque la burguesía necesita controlar férreamente su «teta colonial», y sólo un régimen de terror organizado, como fue el fascismo portugués, permitió a Portugal conservar su imperio a partir de 1945, es decir, cuando la ola de la descolonización inundaba todos los continentes y barría imperios cien veces más fuertes que el portugués. A su vez, el fascismo de la metrópoli sólo podía sobrevivir durante el mismo período, y tras la derrota del fascismo europeo en la segunda guerra mundial, a condición de ganar la guerra colonial, o sea, demostrando que podía salvar los intereses de la burguesía colonial portuguesa y servir de correa de transmisión a los intereses imperialistas de Norteamérica en África. El Estado fascista y el colonialismo portugueses estaban así umbilicalmente embarcados en el mismo destino.

A partir de ahí se entiende la imposibilidad de llegar a una descolonización real sin una democratización real de la metrópoli, así como la de liberar las fuerzas democráticas de ésta sin un proceso de descolonización paralelo. Tal era el círculo en que se encontraba encerrado Portugal. La cuestión crucial estribaba en ver por dónde se rompía. Y es aquí donde se sitúa la importancia del movimiento de liberación colonial de Guinea-Bissau y el genio

teórico de Amílcar Cabral. Será por la colonia más pequeña, paradójicamente, por donde quiebre el imperio portugués, y será Amílcar Cabral, entre todos los líderes de los movimientos de liberación colonial del África portuguesa, el que con mayor lucidez detecte la rigurosa interdependencia entre el colonialismo y el fascismo portugueses. «Estamos seguros —diría en 1962— de que la liquidación del colonialismo portugués entrañará el fin del fascismo portugués» (1). «Es cierto —ha dicho recientemente un oficial de la Marina portuguesa, corroborando aquellas palabras de Cabral— que la guerra de liberación de nuestras antiguas colonias africanas ha permitido a nuestro pueblo liberarse del fascismo» (2). El propio MFA está genéticamente vinculado a Guinea: «El 28 de agosto de 1973 tuvo lugar la primera reunión en Guinea, integrada por 55 oficiales del Ejército de Tierra. El movimiento se extenderá rápidamente a la metrópoli, y en el curso de las asambleas secretas que tuvieron lugar en Évora, Obidos y Cascaes, el pequeño cenáculo de oficiales "contestatarios" se ensanchará hasta ganar las simpatías de militares de los tres Ejércitos (3). En definitiva, el torvo círculo, entretejido por el colonialismo y el fascismo, que atenazaba a Portugal rompió realmente por África, siendo el 25 de abril la expresión metropolitana de esa quiebra o la sustitución definitiva del círculo por la línea quebrada de la revolución.

Al día siguiente de la misma, el destino de Portugal se resumía en la siguiente cuestión vertebral: liquidado el Estado fascista como conjunto de aparatos al servicio de las capas burguesas más parasitarias y desnacionalizadas de la sociedad portuguesa y al de la oligarquía terrateniente, ¿existían otras fracciones burguesas, una base de burguesía liberal capaz de sostener una democracia burguesa? Si la respuesta a esa cuestión era negativa —como los hechos han demostrado—, la revolución tendría que marchar más aprisa de lo que sus propios autores habían calculado, o siquiera imaginado. El terreno, como ha sucedido, iría cediendo a cada contragolpe revolucionario contra los intentos reaccionarios de la burguesía monopolista tradicional. Esa profundización revolucionaria —que ha ocurrido por encima de todo voluntarismo de

los autores de la revolución y sólo a consecuencia de una torpe estrategia burguesa— tiene unos hitos muy claros: la salida del gobierno de Adelino Palma Carlo en julio, la salida de Spínola en septiembre y el golpe fallido de este mes de marzo. Todos han sido forzados pasos adelante de la revolución, impulsada por los errores de una burguesía que no podía asumir, dada su debilidad estructural y su naturaleza parasitaria, el papel progresista que la Historia le demandaba. Realmente resultaba muy difícil imaginar que la burguesía portuguesa, después de medio siglo de fascismo a su servicio, tuviese capacidad para realizar la serie de tareas que el salazarismo había dejado pendientes: la reforma agraria, la dinamización de las fuerzas productivas, el desarrollo industrial, la recolocación racional de las fuerzas de trabajo emigradas o inmovilizadas en el Ejército colonial, la alfabetización masiva de la población, la utilización productiva del ahorro nacional, etcétera. Lo que la revolución de abril pedía a la burguesía monopolista portuguesa era realmente una utopía, a pesar de la absoluta justicia de la demanda, y precisamente por eso: que pagase al país los inmensos intereses de la hipoteca con que el salazarismo había gravado al pueblo en su beneficio.

El hilo conductor de la historia portuguesa

Acabamos de responder a la cuestión de qué había detrás del fascismo portugués (una burguesía sin capacidad democrática). Pero esa es la mitad de la explicación, la mitad más próxima a nosotros. La otra mitad exige contextualizar a otra pregunta: ¿qué había tras esa burguesía incapaz? El problema se puede plantear también de otra manera: el fascismo tenía su causa en una burguesía incapaz de sostener un proceso democrático de su propio signo, pero, ¿cuál era la causa de esa incapacidad? Tal cuestión nos lleva al fondo del asunto. Un fondo, por cierto, muy descuidado para quienes de manera muy filisteica se escandalizan de los derroteros de la revolución portuguesa. Porque si no se puede entender lo que ocurre en Portugal desde el 25 de abril pasado sin saber lo que ocurrió desde 1926 —inicio de la época fascista—, tampoco se puede entender lo que ocurrió en el largo y angustioso lapso del «Estado Novo» sin saber qué había sido Portugal en los siglos anteriores. En tal sentido, y por extraño que parezca,

(1) Amílcar Cabral: «Guinée "portugaise": le pouvoir des armes». París, Maspéro, 1970. Pág. 17.

(2) Revista «Afrique, Asie». París, 20 de octubre de 1974. Pág. 67.

(3) Yves Hardy: «Portugal: Anatomie du nouveau pouvoir militaire», artículo en «Les Temps Modernes», número 341, 1974. Pág. 531.



El proceso portugués, nacido el 25 de abril del pasado año, estaba desde su origen profundamente determinado por unas condiciones objetivas que, a cada golpe de la reacción, afloran con más celeridad. (En la foto, un grupo de soldados controlan el tráfico durante el primer intento separatista de hacerse con el poder en septiembre del año pasado.)

la primera tarea que se impone es la de desmitificar el carácter imperialista de Portugal a lo largo de su historia. Para ver claro hay que invertir ese presupuesto: Portugal ha sido históricamente sujeto pasivo del imperialismo más que sujeto activo, víctima más que verdugo. La clave fundamental de la historia portuguesa gira en torno a un dramático dualismo: el imperio portugués ha sido un imperio sometido a otros imperios; Portugal ha dominado a otros pueblos a condición de ser dominada a su vez; ha ejercido un tipo de colonialismo a condición de padecer otro de otra clase. Una especie de adagio portugués canta esa verdad histórica y demuestra—hasta qué punto el pueblo estaba «en el ojo»: «El imperio portugués existió porque fue un imperio para otros». Usó fue cierto durante cuatro siglos, y se reveló con especial intensidad a partir de 1945, demostrando que en su última época el imperio lusitano sólo ha sobrevivido en la medida que se ha dejado expropiar por un imperialismo más moderno y dinámico. Tal fenómeno lo encontramos dilucidado con toda claridad en el estudio de Perry Anderson. «El papel preponderante del capital extranjero en la explotación de los recur-

sos coloniales de Portugal es evidente... El papel del capital extranjero en el colonialismo portugués es único en la Historia. Ningún otro sistema colonial permitió jamás tal expropiación de su interior. Y, sin embargo —sigue diciendo dicho autor—, esta sorprendente anomalía no es más que la consecuencia final, lógica, de un colonialismo-reflejo...» (4). El acero, el aluminio, el petróleo, el gas natural, el cobre, los diamantes, el manganeso, etcétera, etcétera, eran —y son aún— explotados en las colonias portuguesas de África por los grandes monopolios europeos y norteamericanos, y casi residualmente por las cien familias portuguesas que componían la burguesía monopolista de la metrópoli, la que históricamente se ha nutrido de la «teta colonial».

«Imperio para otros», «colonialismo-reflejo». Tales son las claves de la historia portuguesa, sin las cuales no es posible entender su momento actual. Tirando de ellas se llega a los núcleos de la problemática que nos ocupa, la cual se sintetiza en la siguiente formulación dialéctica: la más honda explicación de lo

ocurrido el 25 de abril en Portugal, y de entonces hasta aquí, se encuentra, más que en el colonialismo ejercido por Portugal, en el que ha padecido a lo largo de los siglos. Porque no se puede comprender el fascismo portugués sin el subdesarrollo portugués, y éste fue obra del imperialismo inglés, cuyo relevo tomó Norteamérica a partir de 1945.

El imperialismo portugués se periodiza en tres estadios claramente diferenciados: el I, y único genuinamente portugués, transcurre a lo largo de los siglos XV y XVI, marcado por la circulación de África, la hegemonía lusa en el océano Índico y el asentamiento en el Brasil, y repoblado por los nombres gloriosos de Enrique el Navegante, Vasco de Gama y Cabral, así como por el genio épico de Camoens con su «Os Lusíadas»; el 2º comienza a finales del XVI, cuando la hegemonía portuguesa ha sido relevada en el Índico y el Atlántico, sucesivamente por España, Holanda, Francia e Inglaterra; es entonces cuando la autonomía colonial quiebra y la soberanía portuguesa comienza su ciclo de dependencia a otros imperios más fuertes: de 1580 a 1640 al español, y algunos decadas después al imperio británico, a cuya sombra sobrevi-

vió durante tres siglos y medio; el segundo período del imperio portugués abarca, pues, sesenta años de sometimiento a España, y el tercero el largo sometimiento a Inglaterra.

A partir de 1640 Portugal solo puede mantener su independencia frente a España a condición de hipotecarla a Inglaterra. Su larga subordinación histórica a esta última tiene un punto de referencia muy claro, el tratado de Methuen de 1703. A tan temprana fecha se remonta el origen del subdesarrollo portugués. Pues a partir de ella la nación lusitana acepta resignadamente el papel secundario y subordinado que Inglaterra le asigna en la división mundial del trabajo. Lo más «científico» y «clásico» expresión del mismo se encuentra en la obra del genio de la Economía Política inglesa, David Ricardo, quien dirá trágicamente:

«Para producir vino, Portugal solo necesita el trabajo de ochenta hombres por año, y para producir telas el de noventa en el mismo tiempo. En consecuencia, será más ventajoso para ella exportar vino a cambio de telas. Inglaterra, por el contrario, necesita el trabajo de cien hombres por año para producir telas y el de ciento veinte para producir vinos. En consecuencia, Inglaterra encontra»

(4) Perry Anderson: «La Portuqal, el fin de «ultra-colonialismo». Paris, Maspero, 1965. Pág. 92.

LA REVOLUCION PORTUGUESA Y EL CAMBIO POLITICO EN ESPAÑA

rá más ventajas comprando vinos mediante la exportación de telas» (5). En esos fríos términos, la ley recardiana de los costos comparativos trazaba la división del mundo en dos clases de naciones; unas industriales y dominantes y otras agrícolas y dominadas, encargadas éstas de proporcionar a las primeras las materias primas necesarias al proceso industrial, y los ricos caldos y demás exquisiteces necesarias al buen funcionamiento del estómago burgués; a cambio, las naciones agrícolas se verían traídas y calzadas por las industriales. El veredicto ricardiano para Portugal era irrecusable: quedaba sentenciada de por vida a producir vino; o sea, quedaba sentenciada al subdesarrollo. Y la sentencia se cumplió. Pues no se trataba sólo de una simple división de trabajo de carácter desigual, sino de las relaciones de explotación y de dominación que comportaba, y que realmente encubrían una transferencia imperialista de Portugal a Inglaterra.

Tal fenómeno tomaría cuerpo a partir del citado tratado de Methuen y por el cauce que explica H. Magdoff: «Como consecuencia del tratado la economía portuguesa, al especializarse en la producción vinícola y olvidar una industria manufacturera, fue quedando dependiente de la de Inglaterra. A medida que el comercio crecía entre los dos países, las importaciones portuguesas excedían en mucho a sus exportaciones. Además, una parte muy considerable del comercio era realizado por barcos ingleses, lo que aumentaba el déficit de la balanza de pagos portuguesa. La solución que se adoptó fue la de utilizar el oro de Brasil para cubrir ese déficit. Así, Portugal se convirtió en correa de transmisión, en puro intermediario: el oro de Brasil era embarcado para Portugal y, en seguida, una gran parte del mismo era reembarcado para Inglaterra» (6). Ese oro, se ha reconocido, contribuyó «notablemente al establecimiento de Londres como mercado mundial de dicho metal» (7). Por otra parte, Portugal «había abierto a los barcos ingleses sus puertos y territorios de África y de la India y concedido a Inglaterra el derecho a comerciar directamente con sus colonias» (8). Refiriéndose a cómo Portugal se había resignado al cultivo de vinos, había abierto sus

puertas a los comerciantes ingleses y se había dejado esquilmar, Daniel de Foe hablaría en su tiempo, despectivamente, de «esos estúpidos portugueses».

Esa tremenda «estupidez» lusa —que no fue tal, sino una abrumadora dominación imperialista de Inglaterra—, sólo podía conducir al subdesarrollo y la miseria. Y así caracterizada se enfrentó Portugal con el siglo XX, con la vía industrial cortada, una sociedad arcaica y un bloque en el poder integrado por la oligarquía agraria y las cien familias que monopolizaban la explotación de las colonias. La soberanía nacional no podía estar más amputada: la política exterior portuguesa venía dictada desde Londres y la misma expansión colonial de fines del XIX por Angola y Mozambique —que compensó la pérdida de Brasil en 1820— estuvo determinada por los intereses británicos en África, en cuanto Inglaterra instrumentalizaba al colonialismo portugués para cortar la expansión al francés, al belga y, sobre todo, al alemán.

¿Qué iba a significar para el subdesarrollo portugués la implantación del fascismo en 1926? Una sola cosa: su institucionalización. El salazarismo no fue más que la nueva línea política del bloque en el poder histórico, tras el fracaso de la monarquía. Fue una plancha de acero que inmovilizó a la sociedad portuguesa en sus arcaicas estructuras. Salazar personificaba la guerra a todo cambio y transformación, a toda veleidad de modernización e industrialización. Era, de esa manera, la encarnación de la estrategia de una burguesía colonial y parasitaria, en lucha permanente por domeñar las energías nacionales.

Que el fascismo representó para Portugal la industrialización del subdesarrollo y la miseria lo demuestran los siguientes datos: a los treinta años de su implantación, Portugal padecía el más bajo nivel de vida de Europa Occidental, y uno de los más bajos del mundo; el consumo de carne por habitante y año era ligeramente superior al de Egipto, el de azúcar equivalente al de Ceilán y Paquistán, y el número de calorías consumidas (2.410) era menor que en países subdesarrollados, tales como Paraguay y Egipto. En 1950, sólo el 14 por ciento de las casas portuguesas tenían agua corriente, sólo el 19 por 100, electricidad, y un 7,8 por 100 solamente poseía cuarto de baño; la mortalidad infantil era la más alta de Europa (90 de cada 1.000) y más elevada que en ciertos territorios coloniales, como Senegal; la tuberculosis estaba más extendida que en ningún otro país de Europa (51 ca-

sos mortales por cada 100.000 habitantes); y el 40,4 por 100 de la población mayor de siete años era analfabeta.

Quizá no haya habido nunca una metrópoli imperial más pobre en toda la Historia. ¿Dónde había ido a parar el oro inmenso del Brasil, del que se calcula que sólo de 1696 a 1726 entró en Portugal el equivalente a cien millones de libras esterlinas? (9). Como reconoce el inglés Kiernan, «la mayor parte de él fue drenado por Inglaterra, en donde contribuyó a la Revolución Industrial» (10). Cabe decir de Portugal lo que Feijoo dijo de España: «El oro de América nos tiene pobres».

Y las riquezas coloniales que no acabaron en el extranjero fueron a parar a «una pequeña oligarquía compacta de familias que hoy dominan enteramente la economía mediante una red de controles personales e institucionales... una serie de dictaduras entrelazadas ligada a la Banca, a las industrias y a las compañías de seguros» (11). Tales han sido los señores internos de toda la miseria portuguesa, a su vez superpeditados a otros señores externos.

Las tareas de la Revolución y la democracia burguesa

Hoy puede proclamarse, legítimamente, a la luz de la historia portuguesa, cuyas líneas maestras hemos bosquejado, que, tras la Revolución de abril y por primera vez en 400 años, Portugal es dueña de sus destinos. He ahí la primera de las grandes tareas que tenía asignadas la revolución por la misma Historia: la recuperación de la soberanía nacional.

Otra de sus tareas fundamentales es la conquista de la democracia, de la que el pueblo portugués ha ayunado durante medio siglo. Ahora bien, no se puede entender dicha tarea olvidando, u ocultando, el hecho vertebral del subdesarrollo portugués, fruto de cuatro siglos de esquilma imperialista y dominación oligárquica. Ese factor impide —no la voluntad de Cunhal, o de Vasco Gonçalves—, por su extraordinaria densidad y omnipresencia, que la democracia posible en Portugal sea de signo estrictamente burgués. Por si no se entiende esto, ahí está el otro factor —la otra

cara del fenómeno—: la inexistencia de una burguesía con capacidad democrática, la existencia de «una pequeña oligarquía compacta de familias» en conspiración constante para dar marcha atrás al 25 de abril.

Por todo ello, la democracia que se ha puesto en marcha en Portugal —que está vacunada contra la dictadura de izquierdas que le auguran sus enemigos, falazmente— será, es ya, más profundamente popular que burguesa. Tanto en el sentido político —articulación del MFA al pueblo y a los partidos de base popular—, como en lo económico— respecto a la propiedad privada, defensa de la industria y el comercio, pero nacionalización progresiva del gran capital, los medios de producción básicos y el suelo.

Dicho en otros términos, si la alta burguesía portuguesa, de naturaleza monopolista y colonial, ni quería ni podía sostener una democracia formal —como han demostrado sus sucesivos golpes reaccionarios—, la Revolución de abril tenía que hacer su propia y específica democracia. Si las fuerzas productivas del país están bloqueadas en el campo y la industria, la misión histórica que incumbe a la revolución consiste en desbloquearlas y dinamizarlas, en beneficio del pueblo y para salir del subdesarrollo. Y ello exige la expropiación de la burguesía monopolista y parasitaria, así como la de la oligarquía terrateniente. Porque son estas clases las que, monopolizando el suelo urbano, la tierra y los medios de producción restantes bloquean el desarrollo de las fuerzas productivas, impiden la liberación de las energías nacionales.

Condenar a la revolución portuguesa porque está siguiendo ese camino, es decir, su único camino posible, es muy propio de la burguesía imperialista mundial y de las capas más reaccionarias de la sociedad portuguesa. Es tan propio, como inevitable y falaz. No hay que sorprenderse de ello, pero sí denunciarlo y refutarlo.

La Revolución portuguesa y el cambio político en España

Por poco que se pulse la temperatura política de España, en seguida se constata que el fenómeno portugués constituye uno de sus componentes más excitantes. Estamos en la frontera del cambio político español y el ocurrido en Portugal suscita inevitables temores reflejos. La derecha española teme su futuro desbordamiento por la izquierda, según

(5) David Ricardo: «On the Principles of Political Economy and Taxation». Cambridge University Press, 1951. Volumen I. Pág. 135.

(6) Harry Magdoff: «Réflexions sur l'imperialisme», artículo en revista «Partisans», París, número 64. Pág. 41.

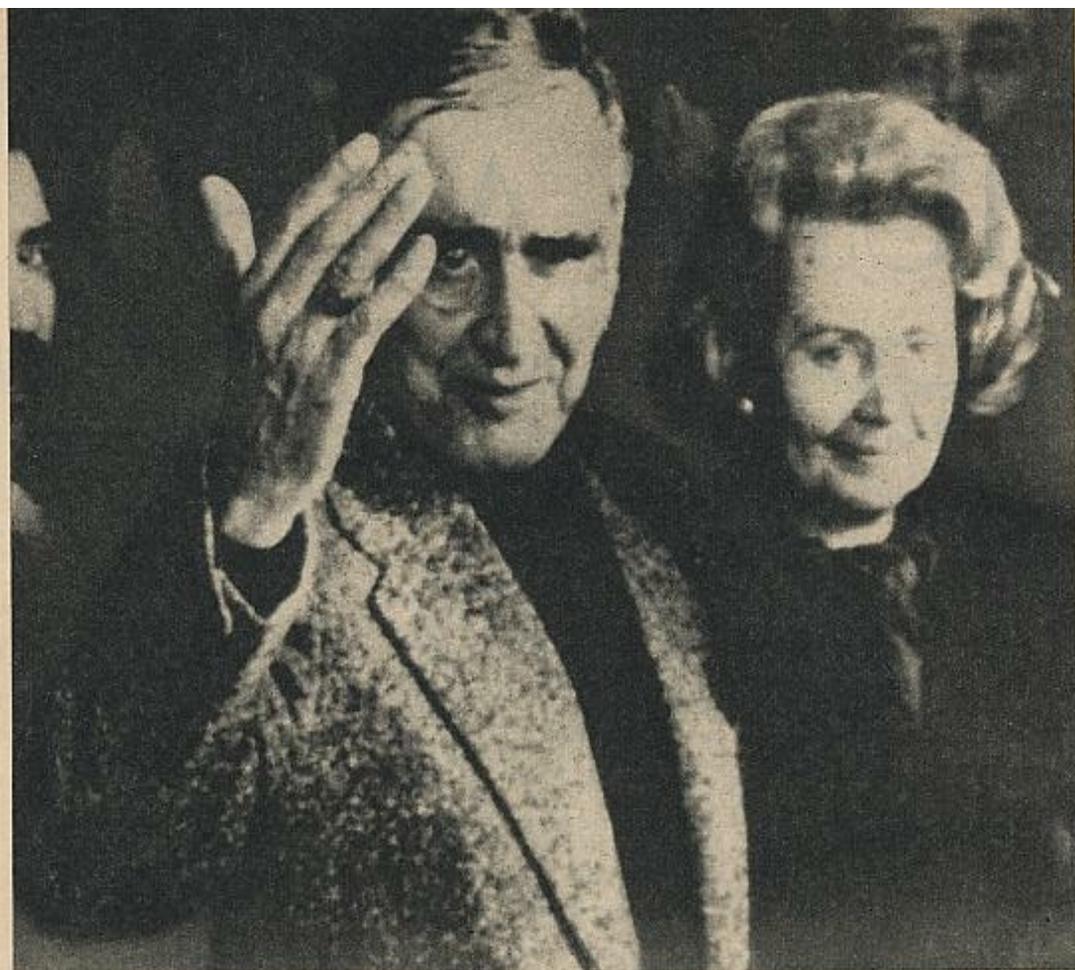
(7) Christopher Hill: «Reformation to Industrial Revolution». Nueva York, 1967. Pág. 187.

(8) H. Magdoff, artículo citado. Página 40.

(9) V. G. Kiernan: «The Old Alliance: England and Portugal», en «The Socialist Register», 1973. Londres. Página 265.

(10) Idem, Idem.

(11) P. Anderson, obra citada. Página 15.



Sólo cuando Spínola ha ido a reunirse con Caetano a Brasil, se han visto definitivamente claras ciertas claves de la Revolución portuguesa.

aparece en el «manual» portugués. En la derecha del Régimen ese temor se manifiesta crudamente, propugnándose drásticas exclusiones políticas para el porvenir. En la derecha liberal —de oposición al Régimen— dicho temor aflora propiciando cautelas a la hora de articular alternativas y pactos. En la izquierda, el temor se refleja a través del espejo burgués: se teme que la evolución del caso portugués diezme la voluntad democrática de la derecha de uno y otro lado. En suma, a derecha e izquierda se ve y se siente la revolución portuguesa según las necesidades estratégicas de cada posición, no según es. El temor refleja, a una y otra orilla del río político español, ha ido, en definitiva, por delante del análisis.

Va siendo hora de invertir la perspectiva. Reconsideremos el asunto portugués a la luz de la investigación de sus condiciones específicas. Hay que dejar de verlo de reata del temor, o a rastras de concretas opciones políticas españolas.

A quienes temen el «reflejo» portugués, hay que decirles que, antes de gritar, o espantarse, asuman la racional tarea de analizar las condiciones objetivas en que se encuentra España. Y sólo si un análisis riguroso —para el cual queda tiempo— les conduce a la conclusión de que tampoco aquí existe una burguesía capaz de sostener un desarrollo democrático, están autorizados a te-

mer la reproducción en España de un proceso de estilo portugués.

Por lo que a nosotros respecta, creemos que la situación española es cualitativamente distinta a la del Portugal de antes del 25 de abril. Un hecho crucial resalta en ese sentido: el salazarismo, determinado por factores eminentemente colonialistas —nació y se desarrolló para asegurar a una minoría burguesa los beneficios coloniales, fundamentalmente—, dio la espalda al desarrollo capitalista de la metrópoli y relegó las más elementales tareas de consolidación burguesa en Portugal. El franquismo, por el contrario, determinado por la dureza de su origen, la anulación de sus salidas imperiales —que quedaron reducidas a espasmos ideológicos— y su práctico aislamiento internacional, se vio forzado a volcarse hacia su interior, a centrar todas sus fuerzas compulsivas sobre la formación social española, siendo ello el presupuesto de su supervivencia, alumbrando así, incluso por encima de sus designios originales, el más largo e intenso período de acumulación capitalista que conoce nuestra historia.

Y si bien es cierto que el eje de tal proceso ha sido el capitalismo de Estado, no cabe ignorar ni minimizar sus efectos sobre la composición y funciones de las clases dominantes, o sea, las importantes modificaciones que ha introducido en el bloque en el

poder histórico español, en el que ocupaba la hegemonía la burguesía agraria, u oligarquía latifundista, articulada a la financiera. Arrastrado por el capitalismo de Estado, y estimulado por la sujeción de la clase obrera, se puso en marcha un proceso industrial que absorbió avidentemente —a partir de finales de la década de los cincuenta, sobre todo— una gran parte del excedente de fuerza de trabajo campesina. Se inicia con ello, por primera vez de forma irreversible en España, un desplazamiento de las bases del poder de la burguesía agraria a la industrial, que roba gradualmente a la primera su articulación a la fracción financiera. En otra vertiente, ese proceso inédito ha producido otros importantes efectos: ha generado una clase obrera amplia y bastante homogénea, y unas capas sociales intermedias bastante complejas (empleados, funcionarios, profesionales, etc.). Ni a aquella ni a éstas resulta ya factible organizarlas mediante los rudimentarios aparatos autoritarios que se han empleado en la primera fase del franquismo (sindicatos verticales, representación política corporativa, sufragio mínimo, etc.). Tanto por la vía del desplazamiento del eje del poder desde la burguesía agraria hacia la burguesía industrial, como por la de la incapacidad del Estado autoritario para controlar las clases populares, la salida democrática se impone en España.

Al contrario que en Portugal

—en la que no se dio durante el salazarismo un proceso parecido al que acabamos de marcar— esa salida democrática puede ser de signo burgués, más que popular, por la razón de fondo de que el proceso de acumulación de que hemos hablado ha aprovechado a la burguesía industrial, históricamente endémica en la formación social española y objetivamente la más progresiva de las fracciones de la burguesía, así como debilitado a la burguesía agraria, históricamente hegemónica en España y objetivamente la más reaccionaria.

Expresado en otros términos: al contrario que en Portugal durante el salazarismo, en España se ha superado el subdesarrollo durante el franquismo, aunque no por el franquismo. Expliquemos esto, sucintamente. El rígido control de la clase obrera y el trasvase a la ciudad de una gran parte del proletariado campesino, han permitido una alta tasa de acumulación de plusvalía, que hoy queda como base de un futuro burgués. O sea, las clases populares, sometidas a un trabajo intensivo y sin medios de defensa adecuados de carácter sindical y político, han puesto durante más de treinta años las bases de la industrialización española, es decir, los pilares de una democracia burguesa. El mérito histórico de semejante cambio corresponde, pues, a esas clases que lo han sufrido.

En resumen, objetivamente existen en España condiciones para poner en marcha una democracia burguesa, entendiendo por tal la que, desde un predominio de las relaciones de producción capitalistas y una dominación de la burguesía, permite la autonomía sindical, política e ideológica de las clases populares (clase obrera, campesinado y pequeña burguesía), así como el respeto a los derechos fundamentales del hombre. Objetivamente, por el contrario, tales condiciones no existían en Portugal el 25 de abril como hemos demostrado.

En el plano subjetivo, y a nivel de clases, la burguesía española tiene la palabra desde ahora en adelante. Si a pesar de las condiciones objetivas de que dispone revela una insuperable incapacidad para labrar y sostener una democracia de su propio signo, entonces sí que es posible que en los lustros inmediatos contemplemos también en nuestra Patria la extinción de la dominación burguesa, como actualmente está ocurriendo en Portugal, aunque por cauces imprevisibles. Nunca, en todo caso, la burguesía española podrá desplazar sus responsabilidades. La Historia marcha, y las clases que se rezagan la pierden. ■ J. A. S.